



El pintor, antes de comenzar el montaje de su exposición en Valencia, en el IVAM.

JUAN USLE

Literatura y pintura son dos campos muy ligados. En este caso se confirma la regla: las letras han tentado al pintor santanderino, que expone en el IVAM a partir del jueves

- "Necesito guiarme por la fe" -

DIONISIO CAÑAS

Entre los pintores españoles actuales es muy común encontrarse con artistas que frecuentan la literatura habitualmente y a quienes ésta les sirve, a veces, como base para crear un cuadro o una serie de piezas. En otros casos, un texto les explica una obra terminada o les ayuda a concluir la obra en marcha. Juan Usle, un artista español que reside en Nueva York, y del cual se inaugura el próximo día 3 una exposición en el IVAM de Valencia, nos dice, respecto a su relación con la literatura: «Leo muy al azar, me encuentro con los libros de manera espontánea, soy caprichoso al seleccionar, también leo lo que me recomiendan los amigos. Mi relación con la literatura es muy elemental, muy a flor de piel. Por ejemplo, un día descubrí *Elogio de la sombra*, de Borges, en inglés, lo leí y me encantó. No es mi interés el análisis literario de una obra, lo que ocurre es que me quedo con una frase, una palabra, un verso o una imagen. Y estas imágenes, estos versos, no es que me inciten o me motiven a trabajar, sino que a veces me explican algo que estoy haciendo».

Escritura y pintura son dos campos que, especialmente desde las vanguardias históricas, han estado muy ligados. Entre los artistas y escritores españoles que viven, o han vivido, en Nueva York, suele haber una estrecha amistad. No está claro hasta qué punto influye esta relación en la obra de Usle, lo que sí se puede

decir es que el pintor se ha dejado tentar por la escritura: «Suelo escribir, o mejor anotar ideas. Escribí, por ejemplo, unas cosas que se publicaron en la revista *Balcón*, son una serie de aforismos, una especie de crónicas, de diario. En esos aforismos hablaba del proceso de ver y de desvanecer la mirada y, subterráneamente, de por qué no hago una exposición redonda sino abierta (como la que ahora se va a inaugurar en el IVAM de Valencia), y por qué no me gusta cerrar una exposición, sino que suelo dejar que sea el espectador el que construya su propio cuadro; supongo que el no redondear las cosas es una faceta de mi personalidad. Por otro lado, mantengo un cuaderno de apuntes donde escribo versos, frases de las que he leído o he oído y también algunas ideas e imágenes que se me ocurren a mí. No es que me considere escritor pero sí suelo escribir ciertas cosas para mantener la humedad.

«Mi relación con la literatura es algo muy elemental, muy a flor de piel»

Pero cuando algo me explica demasiado las cosas ya no me sirve. Por ejemplo, cuando leí *La balada del viejo marinero*, me sirvió para terminar una serie, no para crear o empezar nada. Necesito trabajar guiado más por la fe y la incertidumbre, buscar, descubrir, sin un claro mapa de referencia, como estar un poco perdido en lo que hago, no saber bien donde estoy».

La experiencia mágica que se describe en la balada de Coleridge es como un viaje al misterio, pero el resultado final es que, para el joven que la oye, ha sido un viaje hacia el conocimiento más profundo, aunque no más seguro, de la realidad. De igual modo, el poema de Borges al que se refiere Usle, *Elogio de la sombra*, el viaje del personaje se realiza a través de su propia memoria y, al final, el poeta dice: «Pronto sabré quién soy». Para

ARTE

Usé su experiencia en el arte y en la literatura es como una búsqueda, casi involuntaria, de su propia identidad y un intento de conocer hondamente la realidad.

«En uno de mis aforismos, que está relacionado con una serie de cuadros que pinté, *Los últimos sueños del capitán Nemo*, bajo el título general de *Escritos en tinta blanca*, decía que siempre que se habla de pintura inevitablemente se evoca el viaje. En todo viaje, y para que éste tenga sentido, debe existir un lugar de ensimismamiento, de orientación. Este es un viaje sin destino, la dirección del viaje la va dictando la propia obra. A veces se va del exterior al interior, o viceversa, aunque también pueden aparecer otras direcciones de expansión. A mí, las cosas que me interesan me suceden por sorpresa, cuando están las guardias bajas: es como la gripe, te pilla cuando estás despiado. Cuando tengo muy claro un cuadro, y me planteo qué tipo de cuadro quiero hacer, y cómo lo voy a solucionar formalmente, por lo general hago una castaña. Quiero decir, que quizá me sale un cuadro muy bello formalmente pero sin alma, sin corazón. Por lo tanto, ese factor de certeza intelectual del que se habla, de la posibilidad de que mi experiencia como lector, o como pintor, enriquezca mi conocimiento del mundo o de mí mismo, es, en todo caso, de carácter intuitivo, y no del todo consciente».

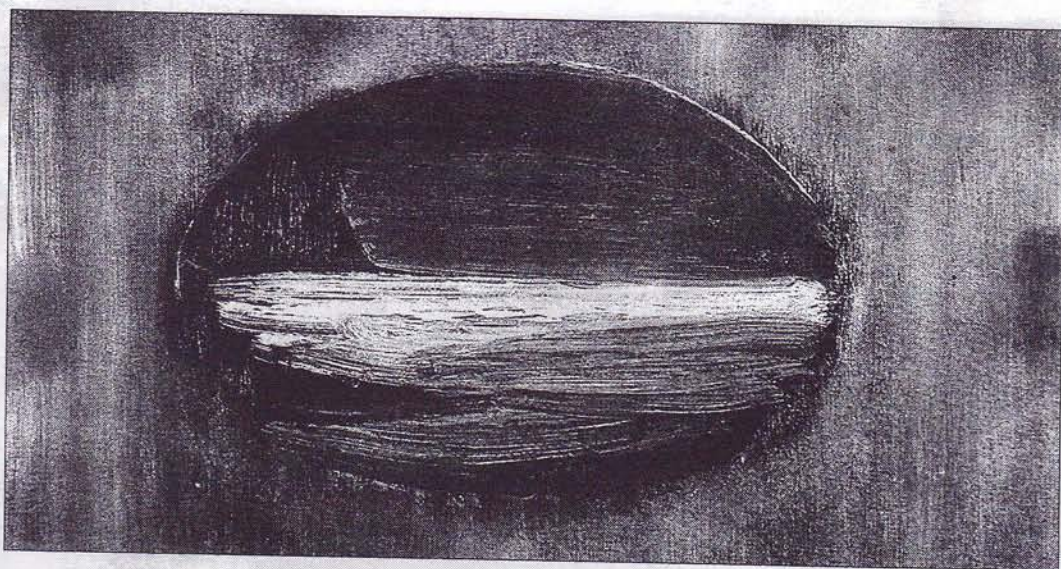
Una frase, un verso

A pesar de este estado de incertidumbre, de duda, en el cual Usé hallarse cuando trabaja, le ha ocurrido alguna vez al artista el tener en mente una frase, un verso, una obra, en el momento de estar pintando un cuadro. «Cuando estoy trabajando me aparecen, me desaparecen, versos o frases que he leído, o cuando estoy sencillamente mirando el humo del cigarrillo. Recuerdo un libro de Ludwig Wittgenstein sobre la certeza que me impresionó mucho. Yo trabajaba simultáneamente en dos series de pinturas, una de las cuales trataría al final el tema de la duda. La duda como necesidad complementaria a la única certeza del trabajo en el estudio: la permanencia de la duda».

En los cuadros de Usé realizados anteriormente en Nueva York el viaje personal e imaginario poseía un ritmo lento, unos tonos brumosos de sueño. Sin embargo, en sus últimas piezas la velocidad, tanto temporal como cromática, es mucho más acelerada, más rápida, más ligada a la experiencia urbana en general. Ahora su obra más interesante parece recoger los intrincados viajes en las líneas del metro neoyorquino, los colores de los mapas del «subway», el pase veloz de los vagones por la mirada del artista.

Esa mirada proyectada sobre este medio de transporte público se ha expresado, en su obra más reciente, en movimiento, en velocidad, en unos cuadros alegóricos de la experiencia urbana, del cruce de razas y del cruzarse indiferente, a veces cómplice, de los habitantes en la ciudad, este cruce que ocurre todos los días en Nueva York, y donde los artistas se hacen adictos al vértigo que produce la vida convertida en manchas de color.

Juan Usé. Del 3 de octubre al 5 de enero, en el IVAM (Valencia).



Una de las obras que se expondrán en la muestra valenciana, «Yellow line» (1988).

Abstracto sin paliativos

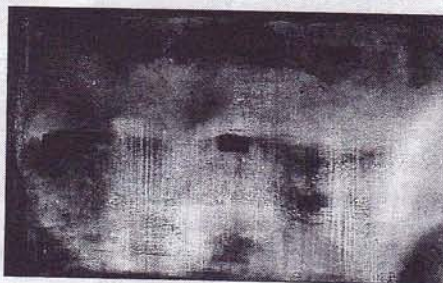
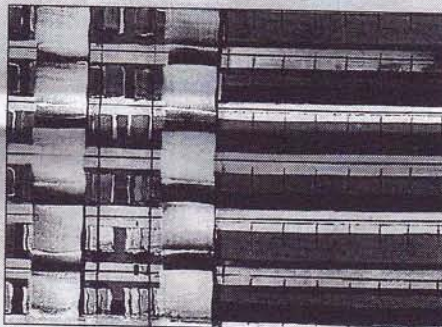
HORACIO FERNANDEZ

¿Qué habría sucedido con el pintor Juan Usé si no se hubiera aburrido de la universidad de su pueblo y por tanto no hubiera cogido a tiempo el portante? Esto ocurrió hace ya casi una década, en 1987, cuando el caldo mercantil del «nuevo arte español» bullía alegremente a base de ingredientes tan sabrosos como las subvenciones, becas y demás bicocas institucionales y el dinero sudado y sin lejía de los negociantes inmobiliarios con pretensiones nobiliarias. De entonces acá la sopa se ha enfriado tanto, tanto, que una temporada entera apenas da pie para tres o cuatro alegrías, siendo optimista. La exposición retrospectiva de Juan Usé en el IVAM será una de ellas, aunque sea una sorpresa anunciada por la trayectoria y las recientes exposiciones del pintor.

Juan Usé es un pintor abstracto, abstracto sin paliativos, es decir, que no introduce de matute en sus cuadros textos ni emblemas, ni busca lecturas de éstas que pretendiendo ser alegóricas se quedan en criptogramas, ni cita los cambiantes apellidos de mayor cotización en el nirvana de la crítica.

En los buenos tiempos de la pintura abstracta, cuando no hacía falta coartada para disfrutar del color en dos dimensiones, esto es, de la pintura, los pintores dejaban las narraciones y la explicación de las metáforas a los profesionales del ramo, y ellos se dedicaban a lo que sabían hacer, mirar y pintar. Mirar tanto para dentro como para fuera, pues hay que percibir lo que los mejores de tu tiempo hacen, elegir buenas compañías. Y pintar con no menor atención y el consiguiente gasto de tiempo y trabajo.

Juan Usé ha demostrado de sobra que sabe mirar y pintar. Sus compañías, o sea, los pintores en cuya cercanía hay que situarlo, están escogidas con cuidado, sin que le importe, más bien al contrario, que se le pue-



Arriba, otras dos creaciones recientes de Usé, «Simultáneos» (1993) y «Crazy Noel» (1988).

da poner en relación con el gran Gerhard Richter, el mejor pintor de nuestro tiempo. A nadie le amarga un dulce. Y en cuanto a pintar, sus exposiciones demuestran un estado de forma constante e interesante.

Cuando una exposición de pintura abstracta es buena, cosa del todo infrecuente, los espectadores pueden ejercitar su mirada sin necesitar esos manuales de instrucciones en que se han convertido tantos catálogos. Ejercitar la mirada puede querer decir un buen número de actividades, pero en particular una: apreciar y degustar la novedad, una cosa que sólo existe cuando hay vocación de experimentación y capacidad para sorprender. Aunque el deseo de obtener lo nuevo en arte puede convertirse en una trivialidad, como sin duda ha ocurrido un buen montón de ocasiones, no hay que caer en el error de hacer una norma a partir de las excepciones. Descubrir lo nuevo es ampliar la experiencia, una de las tareas propias del arte. Y los mejores artistas tienen el deber de contribuir a esa ampliación con todas sus fuerzas y dejar en otras manos el penoso trabajo de la reproducción y el comentario de la experiencia.

Desbordar la realidad

El cielo rutilante de Nueva York no resultó ser tan protector para las obras del puñado de artistas españoles que, en su día, fueron a la busca de su Eldorado particular.

Las presiones del medio en que se movieron eran tan poderosas como para trastornar sus obras, condicionadas por un inevitable contagio, y las-

trar con el amaneramiento sus fuentes originales. En lugar de ser incitadora de saltos coherentes, o de progresos enriquecedores, la gran ciudad ejerció su envenenada fascinación hipnótica torciendo los exultantes vigores de los forasteros.

Por eso, el caso de la cada vez más desleída pintura de Juan Usé no es único, aunque quizá

sea ejemplar de los asombrosos perjuicios producidos por el cambio de la meta tradicional de París por otra aún más sensible a las modas como Nueva York.

Usé pertenece a una generación muy afortunada, que se benefició del «boom» de los ochenta, y que aupada por ese momento feliz, desbordó la realidad, y

nos creó la ficción de una edad de oro de la pintura española. Hoy ya no son tan jóvenes, y deben luchar en dos frentes: con los fantasmas de su propia sobrevaloración y con las más consistentes espadas que empujan por reemplazarlos. Esos nuevos jóvenes que tienen prisa por relevarlos.

MARCOS R. BARNATAN